Capítulo 4

LA ORGANIZACIÓN PARAMILITAR

Después de la llegada de las tropas americanas a Santo Domingo, el enfoque de la revolución cambió de militar a político. Como es natural, para que las negociaciones políticas fueran efectivas, los rebeldes tuvieron que mantener su poderío militar. Cuando el comando rebelde tomó la iniciativa en los primeros días de la revuelta, la responsabilidad recayó casi exclusivamente en los oficiales del ejército y en las fuerzas regulares que habían iniciado la revuelta. Después que las fuerzas rebeldes fueron rodeadas por las tropas americanas en Ciudad Nueva, los comandantes rebeldes se dieron cuenta que podían hacer poco más que mantener su posición y defender la ciudad de posibles ataques sorpresa por parte de las tropas americanas o leales. Dado que el ejército rebelde había sufrido muchas bajas y deserciones durante los oscuros días del 27 y 28 de abril, el comando rebelde tuvo que confiar en los combatientes civiles que habían estado envueltos en la revolución desde sus comienzos. De la organización de estas pequeñas unidades de defensa integradas por combatientes civiles, emergió una nueva estructura que se conoció con el nombre de los comandos.

El primer puesto de comando fue organizado el 26 de abril por Manolo González y algunos miembros del Partido Comunista (PSP)[1].

Después de las batallas del 27 y 28 de abril, los combatientes civiles que tomaron parte en las operaciones comenzaron a organizarse en pequeños grupos que operaron paralelamente a las unidades mejor equipadas y disciplinadas del ejército rebelde. Ya en ese momento, los combatientes civiles de la organización militar rebelde sobrepasaban en número a los soldados en una relación de cuatro a uno.

Como mencioné anteriormente, Caamaño confió la defensa de la ciudad al Coronel Montes Arache, que había sido director de la Academia de hombres-rana de la Marina. Montes Arache inmediatamente se dio cuenta de que para defender la ciudad veinticuatro horas al día de los ataques de un enemigo militarmente superior, se iba a necesitar a tantos civiles como fuera posible. Estimuló la formación de nuevas unidades y ofreció apoyo estratégico y logístico a las unidades existentes. A mediados de mayo, alrededor de 120 unidades integradas por cuatro mil civiles estaban operando en la zona rebelde[2].

A pesar de que fue necesario darles un entrenamiento básico y disciplina militar, estas unidades mantuvieron un carácter diferencialmente civil. He llamado paramilitar a esta organización por la mezcla de comportamiento tanto de tipo civil como militar dentro de ella. Este capítulo describe el comportamiento de dos unidades que me parecieron representativas de muchas otras en la zona rebelde, a pesar de que eran radicalmente diferentes entre sí, con respecto a ciertas dimensiones organizativas. Estos no eran los únicos tipos de comandos que existían en la zona rebelde[3], sino que representan los dos tipos básicos de organización de comandos. La primera unidad, San Miguel, se estableció dentro de la estructura de una organización informal (el barrio), mientras que la segunda, San Lázaro, se fundó sobre la estructura de una organización formal (el PSP).

Mis observaciones sobre estos dos comandos ilustrarán muchas similitudes en el comportamiento de las dos unidades. No sólo estos puestos se establecieron en comunidades vecinas, sino que sus áreas eran similares en tamaño y en características socioeconómicas, enfrentaban también la misma amenaza militar y los mismos problemas de aprovisionamiento de comida, ropa y seguridad. Pero también había diferencias considerables entre ambos comandos, en lo referente a organización, moral, disciplina y eficacia. Una razón básica de estas diferencias era el liderazgo y el tipo de organización dentro de estos comandos.

Una razón adicional y muy importante para describir precisamente estos dos puestos de comando es que yo estuve íntimamente relacionado con estas dos unidades, dado que el cuartel de San Miguel estaba al lado de mi apartamento y el de San Lázaro estaba sólo a cuadra y media. La proximidad física me ayudó a crear relaciones de interdependencia entre estos

[1] Este grupo fue desintegrado por el Comité Central del PSP, cuando después del 27 de abril se dieron cuenta de que si las fuerzas de San Isidro tomaban la ciudad, todos los miembros del Partido serían exterminados si luchaban juntos.

[2] Ver el Apéndice 5. Había 5.332 hombres enrolados en los 130 puestos de comando. Aproximadamente 1.300 eran miembros de las fuerzas armadas.

[3] Como los comandos habían sido organizados informalmente y hasta espontáneamente para enfrentar la emergencia repentina, no estaban formados de acuerdo a ningún plan centralizado. En realidad, generalmente cada uno de los grupos reflejaba el carácter de su líder o de sus miembros.

comandos y las organizaciones que yo estaba dirigiendo. A pesar de que estuve en íntimo contacto también con otros comandos —Poasi, Pedro Mena, El Lido, Barahona, Pedro Cadena y Luperón—, después de cuatro meses de interacción diaria me familiaricé más con San Miguel y San Lázaro.

San Miguel

La gente de este barrio, conocida a través de todo Santo Domingo por su fortaleza, forma una comunidad en el corazón de la ciudad, independiente en cierto modo del resto de la ciudad. Están orgullosos de su nombre —«Migueletes»— y todo habitante con menos de tres años de residencia en el barrio es considerado un extraño.

En sus callejuelas y calles angostas, San Miguel alberga muchos «tigres»[4]. Para controlarlos, la policía estableció un pequeño puesto al lado de la iglesia. «Pero los guardias no se atreven a entrar en El Jobo (área de villas-miseria) durante la noche», me dijo Chiro, un tigre del lugar.

Cuando estalló la revolución, los tigres de San Miguel estaban ansiosos por ocupar la estación de policía, pero no se atrevieron a atacarla hasta el 28 de abril, cuando dos hombres-rana de la Marina desafiaron con ametralladoras a la pequeña fuerza policial de la estación. Entonces algunos tigres se unieron a los hombres-rana para echar a la policía. Cuando el 30 de abril los rebeldes tomaron la Fortaleza Ozama, muchos tigres consiguieron armas de fuego. Algunos regresaron a San Miguel para pasar esa noche durmiendo en la estación de policía próxima a la iglesia. A la mañana siguiente, Francisco, que había sido sargento del ejército, se unió a ellos con su ametralladora y les enseñó a usar las armas de fuego. Francisco era de edad mayor que la mayoría de los muchachos y tenía entrenamiento militar y características personales que le convirtieron en líder natural del grupo. Los muchachos lo eligieron comandante y a Chiro le nombraron subcomandante.

Francisco tenía alrededor de sesenta muchachos a su mando, y cuatro muchachas como cocineras. Sólo el treinta por ciento de los muchachos eran del barrio, de modo que Francisco tuvo que proveerlos de comida y

[4] El término «tigre» es una palabra dominicana utilizada para indicar bandas de muchachos en la vecindad cuya organización y comportamiento es más o menos similar a las bandas callejeras en los Estados Unidos.

de lugares para dormir, pues la estación de policía tenía sólo tres piezas y un baño. Cuando Francisco pidió provisiones a Montes Arache y a Lachapelle, recibió algo pero no suficiente. Algunos de los muchachos sugirieron entrar en un almacén y «tomar prestado» algo de comida. Sin embargo, Francisco, que era un idealista que se había unido a la revolución para restablecer la ley y el orden con el restablecimiento de la Constitución, no quería ni escuchar tal cosa. Un día me dijo: «Yo no me uní a este movimiento porque no podía comer. Tengo bastante para mí, soy oficial carpintero y tengo suficiente trabajo; pero hay mucha gente que no tiene trabajo y se está muriendo de hambre: por eso me metí en esto».

Francisco no era un comandante autoritario, daba órdenes con tono moderado, llamando a sus seguidores «compañeros», término de considerable efecto. Tenía que pasar mucho tiempo lejos de San Miguel buscando comida y municiones para sus hombres. Al principio sólo tenía veinticinco armas para sus sesenta hombres, y algunos de los tigres vendían sus armas para conseguir dinero para comida o bebida. Los muchachos comenzaron a culpar a Francisco por la escasez de alimentación en el puesto de comando. Cuando fui al barrio de San Miguel a distribuir comida visité a Francisco y le di quinientas libras de arroz y algo de aceite comestible, le dije que podía alimentar a sus muchachos con esas provisiones y si quedaba algo que se lo dieran a su familiares. Francisco me pidió que yo mismo les explicara esto a los muchachos para que no pensaran que él se había quedado con algo para él.

Francisco había traído con él algunos muchachos de su barrio, y este grupo, junto con otros miembros del comando, no de San Miguel, eran los que apoyaban su liderazgo. Pero los muchachos de San Miguel, en especial los tigres —quizá hostiles por lo que consideraban una usurpación por alguien de afuera—, cada vez se hicieron más agresivos con Francisco y sus seguidores. Un día cuando Francisco estaba lejos buscando comida, se desarrolló una agria discusión; el problema casi termina en balas hasta que los que se oponían a Francisco consiguieron destituirlo de su cargo de comandante. Cuando Francisco volvió y se le negó la admisión al comando, él fue al cuartel general a informar de dicha situación al alto mando. Se le aconsejó que se quedara en el cuartel general mientras que el joven Lachapelle, Mayor del ejército, fue enviado a San Miguel. Observé la reunión entre los muchachos del comando y Lachapelle desde la ventana de mi apartamento. Lachapelle estaba furioso con los muchachos por «crear un problema de asuntos insignificantes» y les dijo que el Estado Mayor elegiría un nuevo comandante y subcomandante, y les prometió conseguirles facilidades para dormir y en general mejorar su área de residencia. Les

recordó que la revolución se hacía para mejorar sus vidas, pero que sus metas todavía no se habían logrado.

Dos días más tarde Deschamps, que había sido del Cuerpo de Policía, llegó como nuevo comandante. Deschamps era lo opuesto a Francisco, era autoritario, orgulloso, egoísta y hasta cobarde. Nunca perdió la oportunidad de pedirme comida para él o para sus amigos. Un día le di cuatrocientas libras de arroz y ochenta litros de aceite comestible para que usara en el puesto de comando, y me pidió que fuera a su puesto y les dijera a los muchachos que cien libras de arroz debían ser exclusivamente para el comandante y que el resto sería para los soldados. Pese a que yo estaba indignado, no demostré mi enojo porque quería continuar mis relaciones con él y con el comando, y solamente le dije: «lo siento, pero no puedo hacer eso; tampoco es bueno para usted; con lo máximo que puede quedarse es con veinticinco libras».

Un mes después de Francisco dejar San Miguel, las muchachas que cocinaban para el puesto de comando abandonaron su trabajo. Cuando una de ellas vino a verme le pregunté por qué habían cambiado su decisión de ayudar al comando, ella me contestó que Deschamps se había tomado ciertas libertades con ellas y por eso no quisieron quedarse. También me contó que las cuatro docenas de botellas de malta alemana que yo le había dado a Deschamps para los muchachos que habían luchado en la batalla del 15 de junio nunca fueron distribuidas, sino que habían sido regaladas a algunos amigos de Deschamps.

Durante este período muchos puestos de comando de la zona norte rebelde habían sido desplazados de su barrio por los constantes ataques de los marines americanos. Alguos de estos comandos (Poasi, Pedro Mena y Pedro Cadena) se trasladaron hacia el sur y se establecieron cerca del Comando San Miguel, siendo esto una clara indicación de la debilidad de dicho comando. Jaime, un joven estudiante que era comandante del Comando B-3, me contó que los hombres del Pedro Cadena habían comenzado a establecerse en su territorio; Jaime les dijo que tenían que unirse al Comando B-3 y obedecer sus órdenes. Entonces los hombres del Pedro Cadena decidieron desplazarse más hacia el sur y se establecieron sin dificultad en el territorio de San Miguel.

El 15 de junio los muchachos habían luchado todo el día sin comer, y al caer la noche, cuando aflojó el fuego de las líneas americanas, empezaron a buscar comida y lugar para pasar la noche. La vieja iglesia colonial estaba albergando doscientas mujeres y niños que dormían en los bancos y en el suelo. Yo distribuí chocolate, galletitas y sardinas a los muchachos de los

puestos de comando, y también di leche en polvo a algunas mujeres del barrio para que la prepararan para los hambrientos combatientes.

Las calles que rodeaban la iglesia estaban cubiertas de escombros y cables eléctricos y telefónicos; durante todo el día esa área había sufrido un cerrado fuego de rifles y bazukas norteamericanos y muchas puertas y ventanas habían saltado en pedazos; no había luces en la ciudad y solamente algún balazo esporádico rompía el silencio de la noche. Durante la noche los muchachos, con hambre de todo un día, aprovechando la oscuridad, comenzaron a robar en los almacenes situados frente a la iglesia. Busqué por todas partes al Comandante Deschamps pero sin éxito; como de costumbre había desaparecido en el momento más crítico. Al fin lo encontré y me quejé que algunos muchachos estaban saqueando los comercios y me contestó: «Eso es terrible, no deberían hacerlo, pero como usted sabe, ninguno de esos tigres es de San Miguel, son todos del norte. Son rudos, usted no puede decirles que no hagan eso porque podrían matarlo». En ese momento un tigre del lugar llamado Hugo pasó llevando algunas latas de chocolate instantáneo del almacén que estaban robando. Deschamps le ordenó que devolviera las latas. Hugo obedeció, a pesar de no gustarle la idea.

Esa noche, más tarde, Francisco, que había regresado para ayudar en la emergencia, me pidió que lo acompañara a otro negocio que todavía no había sido saqueado. Adentro, la mercancía estaba esparcida por todos lados, y a pesar de que Francisco no había comido en todo el día, no tocó absolutamente nada; tenía un martillo y algunos clavos y con ellos aseguró las puertas del negocio. Después que terminó el trabajo, nos fuimos por la puerta de atrás que también clavamos. De regreso en mi apartamento, le di un poco de chocolate y galletitas y cuando estaba por irse le sugerí que se quedara a dormir en la iglesia. Después de poner un banco contra la puerta, se acostó sobre él y se durmió con su fusil debajo del banco. Dos horas más tarde, Tungo, el nuevo Subcomandante de San Miguel, me vino a protestar del saqueo que los tigres estaban haciendo. Traía con él una televisión y un radio que pertenecían al dueño del negocio que había sido robado y me pidió que los tuviera en mi apartamento para salvarlos de los tigres; volvió al negocio y me trajo dos de las bicicletas que se usaban para despacho. (Dos meses más tarde, Macaré, el dueño del negocio, vino y me reclamó todos estos objetos.)

El Subcomandante Tungo era un joven líder del PRD que durante la administración de Bosch había trabajado en el departamento de viviendas económicas. Estaba sinceramente comprometido con la revolución y con-

dujo a los muchachos al frente cuando estalló la lucha. Cuando lo conocí era líder de un grupo de ocho o diez hombres, que no eran solamente sus fieles seguidores, sino también sus amigos.

Algunas veces Tungo me invitó a comer. Como ahora no había cocineras en el comando, la comida que recibían de mí o de Caamaño era distribuida entre los grupos más pequeños que se formaron después de la ruptura del grupo mayor. La amiga de Tungo, Esperanza, era una excelente cocinera que cocinaba para todo el grupo. Tungo muchas veces se jactaba diciendo que sus muchachos estaban comiendo ahora mejor de lo que lo habían hecho en toda su vida. Después de cenar, generalmente nos sentábamos en la terraza y discutíamos de política. Un día, a mediados de junio, Tungo nos invitó a cenar, a la Profesora Goldsen de la Universidad de Cornell y a mí; comenzamos a hablar de la estructura del poder en las fuerzas rebeldes y de las negociaciones que se estaban llevando a cabo entre Caamaño y el Comité Ad Hoc. Yo argüía que Caamaño debía haber negociado en mayo, cuando todavía él estaba al mando de la parte norte de la ciudad y por lo tanto tenía mucho más poder para negociar una posición. Tungo, sin embargo, se oponía firmemente a este punto de vista, diciendo que en ese momento los Estados Unidos querían que Caamaño negociara con Imbert, pero que los rebeldes debían negociar solamente con los Estados Unidos o con la OEA, no con Imbert. Más tarde tratamos de explicarle a Tungo los temores que los Estados Unidos tenían acerca de la revolución, arguyendo que los marxistas tenían una organización muy poderosa en la zona rebelde y que era evidente que el Movimiento 14 de Junio y el MPD (rama China del Partido Comunista local) tenían algunas de las armas más modernas existentes en la zona rebelde[5]. Tungo no estaba de acuerdo con estos argumentos con respecto a los marxistas y en cambio argumentaba que el Movimiento 14 de Junio y el MPD tenían un equipo mejor solamente porque estaban en Ciudad Nueva, el lugar más vulnerable a un ataque, y en el sector norte de la ciudad, y por eso necesitaban mejores armas. Yo no estaba convencido y seguí discutiendo: «Yo no creo que Ciudad Nueva sea más vulnerable que San Carlos, Santa Bárbara o San Antón. ¿Por qué los muchachos del Movimiento 14 de Junio tienen que

[5] Habíamos escuchado la declaración del 2 de mayo del Presidente Johnson dirigida a los americanos, en la que anunciaba que «una revolución democrática popular había sido controlada y puesta en manos de una banda de conspiradores comunistas». (U.S. State Department, *Bulletin*, 52, núm. 1.351 (mayo 17, 1965), pág. 744. Tungo, así como la mayoría de los líderes rebeldes, estaban firmemente en desacuerdo con esta opinión.

manejar tantas ametralladoras calibre 50 y bazukas? Tungo no me pudo dar una respuesta razonable, y por fin dijo: «Bueno, algunos de ellos fueron los primeros en tener acceso a los arsenales y depósitos de armas».

Dos meses más tarde, cuando las relaciones entre Caamaño y el Movimiento 14 de Junio se pusieron tirantes, otra vez fui a cenar con Tungo. Discutimos un discurso que Caamaño había dicho el día anterior en el que los muchachos del Movimiento 14 de Junio frecuentemente lo habían interrumpido con slogans contra las negociaciones que Caamaño estaba conduciendo con el Comité Ad Hoc; Tungo, realmente molesto por la actitud de estos muchachos, me dijo: «Algún día vamos a demostrarles quién manda aquí».

Como Subcomandante de San Miguel, Tungo estaba de guardia casi todas las noches; algunas veces al caer la noche venía y me invitaba a ir con él a inspeccionar la zona. Primero nos deteníamos en el puesto del centinela de San Miguel en la Avenida Mella, donde Tungo inspeccionaba las armas y municiones de los muchachos. Si un automóvil se aproximaba mientras estábamos allí, nos escondíamos detrás de los sacos de arena o en un portal. A la distancia, el auto debía hacer señales prendiendo y apagando las luces tres veces y luego seguir sin luces. Al aproximarse más, el centinela debía detenerlo con un grito de «alto»; desde el automóvil detenido los pasajeros debían gritar su identificación. Este procedimiento se repetía en casi todas las cuadras. Excepto en emergencias, no se permitía a nadie andar de noche, y en esas circunstancias había muy pocos que se atrevían a hacerlo.

Durante estos viajes de inspección noté que la mayoría de los muchachos estaban vestidos con ropas oscuras o se habían quitado la camisa. Más tarde supe el por qué: una noche en que yo tenía puesta una camisa blanca se me avisó que tuviera cuidado al cruzar las bocacalles, «porque las tropas americanas podían verme y hacer un blanco fácil».

Algunas veces, después de nuestra inspección, Tungo me invitaba a visitar los comandos vecinos. Pero cuando dejábamos nuestra zona era necesario tener mucho más cuidado. Al primer puesto de centinela gritábamos el nombre del grupo que íbamos a visitar, cuando los centinelas nos respondían, nos identificábamos y sólo entonces podíamos continuar, sabiendo que mientras avanzábamos se nos vigilaba estrechamente con la mirilla telescópica de los fusiles. Cuando llegábamos hasta ellos ya los muchachos se volvían dicharacheros y amigables, intercambiando chismes e información política. Tungo estaba orgulloso de presentarme a ellos, pero ya la mayoría de los muchachos me conocía. Siempre me preguntaban si había

ya alguna solución cerca, pensando que yo sabía más que ellos. A menudo yo sabía poco, porque estaba demasiado ocupado con la clínica de salud y los problemas de comida, y no tenía ni tiempo para leer los diarios.

Tungo no era un líder nato como Pichirilo y Barahona, quienes ganaron sus puestos de comando por su empuje y una buena dosis de carisma. Tungo no tenía carisma, pero estaba orgulloso de que, a pesar de su cojera congénita, había vencido cuando niño a todos sus compañeros de clase en natación, boxeo y en otros deportes. Un día, durante una falsa alarma en el barrio, vi a Tungo correr hacia el frente llamando a sus muchachos y dándoles órdenes. Uno de ellos escapaba gritando aterrado: «Las tropas de CEFA vienen con los tanques»; Tungo, furioso, ordenó a dos muchachos que le quitaran el fusil y lo metieran en la cárcel; y reprendió al muchacho, diciendo: «Si no puedes enfrentarte a una emergencia como un hombre, mejor te vas a otro sitio».

Muy pocos muchachos de San Miguel tomaron parte en la batalla del 15 de junio contra las tropas americanas. Es verdad que Chez Javier, uno de sus líderes más dedicados, fue muerto y otro muchacho fue herido. Más tarde el puesto de comando se llamó Chez Javier en su honor. Durante la batalla, el treinta por ciento de los muchachos abandonaron el área y algunos no volvieron nunca. Este vacío pronto fue llenado por muchachos de otras partes de la ciudad o de las provincias. San Miguel, como la mayoría de los puestos de comando, tenía un continuo flujo de personal y no más del veinte por ciento de los que estuvieron en los orígenes del comando permanecieron en él hasta el final de la revolución. Algunos muchachos se fueron a otros puestos de comando que les pareció mejor. Algunos de los que habían abandonado el comando venían de vez en cuando a conversar con sus amigos, a discutir la situación de adentro y fuera de la zona rebelde. Francisco, por ejemplo, más o menos a fines de julio decidió regresar a su carpintería en un barrio al norte de la ciudad. No obstante, más o menos una vez por semana volvía para hacer algún trabajo para mí en la iglesia o en la clínica. Un día, cuando escuché que las tropas americanas habían ocupado su barrio y lo habían tomado preso, fui hasta allá a buscarlo y lo encontré sentado cerca de su negocio con algunos amigos. Me dijo que los marines lo habían dejado en libertad después de hacerle algunas preguntas. Se puso muy contento de que yo me hubiera interesado en su caso.

En la mayoría de los puestos de comando, los muchachos estaban sujetos a instrucción militar, ejercicios y adoctrinamiento político. No así en San Miguel. Algunos de los muchachos iban a la «escuela de comando» que habían establecido Montes Arache y sus hombres-rana, para entrenar a los

combatientes civiles en tácticas de guerrilla, pero cuando volvían a San Miguel permanecían sentados en el parque charlando, mientras Deschamps perdía el tiempo bebiendo cerveza y jugando a las cartas con Traboux, «Miguel el loco» y otros amigos en El Jobo, un barrio pobre de San Miguel. A medida que fue pasando el tiempo, en San Miguel la bebida se convirtió en un problema, a pesar de que el Gobierno rebelde había ordenado controlar la venta de licores. El licor aparentemente era una compensación cuando la moral estaba baja. Esto causó algunos incidentes desagradables, uno de los cuales afectó a la organización de San Miguel como puesto de comando.

Traboux era un «cow-boy comando», un hombre que con una ametralladora operaba en la zona rebelde sin pertenecer a ningún puesto de comando. Los «cow-boy comando» aprovechaban la situación confusa para ir de lugar en lugar usando sus rifles por intereses personales. A los muchachos del comando les disgustaba que anduvieran merodeando por diversión y sin acatar las responsabilidades o deberes del comando. Al principio de la revolución muchos «cow-boy comando» merodeaban por la ciudad, pero su número quedó muy reducido por los esfuerzos de la policía militar y de los comandantes de las diferentes áreas.

Muchas veces noté que hasta los tigres de San Miguel criticaban a Traboux y a sus amigos. Traboux, sin embargo, era buen amigo de Deschamps y por lo tanto permanecía en San Miguel.

Una noche temprano, Traboux y dos tigres del lugar fueron sorprendidos mientras estaban robando pollos en el mercado de la Avenida Mella; pero cuando Oscar Santana —un estudiante de ingeniería, comandante de El Lido e importante líder del Movimiento 14 de Junio— trató de apresarlos, fue asesinado alevosamente, según se adujo, con una pistola calibre 45 que llevaba Traboux. Después de la balacera vi a Traboux y Deschamps discutir nerviosamente mientras volvían a San Miguel. Desde entonces no volví a ver a Traboux.

Los muchachos de El Lido y del Movimiento 14 de Junio, furiosos, querían barrer con todos los tigres de San Miguel. Alrededor de las 9 de la noche yo había conseguido detener una pelea entre ambos bandos, pero solamente después que uno de los tigres que había sido sorprendido robando fue herido mortalmente y otro fue encarcelado. Traboux, sin embargo, estaba todavía suelto, y los muchachos de El Lido estaban empeñados en su búsqueda. Luego, mientras yo estaba en el cuartel general del Movimiento 14 de Junio, tratando de salvar la vida del muchacho que estaba preso, Traboux fue a la iglesia y se rindió al Padre Tomás Marrero,

un joven cura cubano, educado en Canadá, que trabajaba con los tigres de San Miguel. El sacerdote lo llevó al cuartel general y lo entregó a Héctor Aristy, pensando que el fugitivo estaría a salvo bajo su custodia.

En San Miguel se rumoreaba que Oscar Santana había sido asesinado con la pistola calibre 45 del Comandante Deschamps (este rumor fue muy discutido, porque a pesar de que Traboux llevaba la pistola de Deschamps, esa no había sido el arma homicida). Como los muchachos de El Lido estaban fuera de sí, Deschamps decidió rendirse al cuartel general y permanecer allí arrestado hasta el final de la revolución. Esa noche Traboux fue transferido de una prisión a otra hasta que Aristy lo dejó en manos de los líderes del Movimiento 14 de Junio. Después que ellos me aseguraron que la vida de Traboux no estaba en peligro y que lo someterían a un juicio justo, regresé a mi casa alrededor de las tres de la mañana. Dos horas más tarde Traboux era ejecutado. Al día siguiente fui a ver a los líderes del Movimiento 14 de Junio para decirles que consideraba que la muerte de Traboux había sido un asesinato y que los hacía a ellos responsables; luego fuí a ver al Coronel Montes Arache y al Presidente Caamaño para protestar por esta falta de proceso judicial. Caamano ordenó que se hiciera una investigación, designando para el caso al Coronel Lora Fernández, Jefe del Estado Mayor. Tres días más tarde el Padre Tomás y yo fuimos a ver al Coronel Lora para conocer los resultados de la investigación. Nos sentamos en el centro de la oficina con algunos oficiales de pie a nuestro alrededor, y después de cierta explicación Lora dijo, dando un vistazo al cuello clerical del Padre Tomás: «Por supuesto, veo que ustedes ven este incidente desde un punto de vista humanitario». Lo interrumpí: «Coronel, no estamos aquí para protestar desde un punto de vista humanitario; estamos aquí como miembros de una sociedad que quiere ser democrática, protestando por esta violación de los más elementales derechos humanos. Mandar a un hombre a la muerte después de someterlo a un justo juicio, lo consideramos justicia. Pero matar a un hombre en la forma que ellos lo hicieron, es un asesinato»[6].

Después de la partida de Deschamps de San Miguel, un joven llamado Peralta fue elegido comandante. Nunca quedó claro si esta elección fue libre o impuesta por los líderes del Movimiento 14 de Junio, pero el hecho es que Peralta pertenecía al Movimiento; y a partir de ese momento, los miembros del Movimiento 14 de Junio daban regularmente conferencias a los muchachos de San Miguel. Los muchachos del comando comenzaron

[6] La investigación del caso parece indicar que Trabaux fue muerto accidentalmente por los miembros del Movimiento 14 de Junio, mientras estaba encarcelado.

a ser adoctrinados y participaron oficialmente en algunas reuniones generales; por entonces, Tungo y los otros muchachos que habían estado en San Miguel desde su fundación, abandonaron el puesto de comando. A pesar de los esfuerzos de Peralta para adoctrinar y disciplinar al comando, yo tenía la impresión de que el comando prácticamente se había desintegrado. «No es que no nos guste la disciplina y el orden —me dijo un tigre del lugar—, lo que no nos gusta es que *ellos* (el Movimiento 14 de junio) quieren que todos sean como *ellos*».

San Lázaro

Sólo a ciento ochenta metros al oeste de San Miguel hay otro barrio conocido con el nombre de San Lázaro. El barrio está compuesto de gente de clase media baja, pero sus casas, negocios y en general su estilo de vida sugiere un nivel socioeconómico más alto que el de San Miguel. Los dos barrios están separados por una calle pavimentada llamada Santomé, pero la vida social y las características de ambas vecindades tienen mucho en común. San Lázaro está edificado alrededor de una vieja iglesia y convento mucho más grande que la rectoría de San Miguel. En tiempo de paz, un grupo de monjas tienen una escuela primaria en el convento, y el edificio adjunto era utilizado por los Cursillos de Cristiandad, una organización católica de clase media alta con tendencias radicales de derecha. Cuando estalló la revolución, las hermanas del convento, los sacerdotes y todo el laicado de los Cursillos se fue a la zona leal.

Cuando Manolo González llegó al barrio conduciendo un grupo de rebeldes consideró que la vieja estructura colonial de San Lázaro, con sus gruesas paredes y ventanas pequeñas, sería un sitio ideal para un puesto de comando. Ocupó el edificio de la iglesia abandonada, como sitio para dormir, dando a los muchachos órdenes precisas: «Nadie toque nada de este lugar. Vamos a usar el edificio de los Cursillos y sus facilidades, el convento no se utilizará».

El comando estaba integrado por unos sesenta hombres de diferentes estratos sociales y afiliaciones políticas. El grupo más grande e influyente pertenecía al PSP, el Partido Comunista Dominicano, que seguía la línea rusa, pero también había hombres del MPD y del PRSC (Partido Social Cristiano). Muchos de ellos, incluyendo algunos tigres, no tenían afiliación política. Cachorro, que había sido miembro del MPD y que había recibido en Cuba entrenamiento en guerrillas, fue nombrado comandante,

y Manolo González subcomandante, a pesar de que este último obviamente era la figura principal. El cincuenta por ciento de los muchachos eran estudiantes universitarios y eran dirigidos por Tony Isa Conde, un estudiante universitario de clase media. Un veinte por ciento eran hombres con habilidades técnicas y eran dirigidos por Cachorro, y el resto eran trabajadores no calificados y desocupados. Tres o cuatro hombres se encargaban de la cocina bajo la dirección de la esposa de Manolo González, una atractiva joven de clase media.

El comando estaba organizado en grupos de diez hombres, con líderes de grupo, y cada uno tenía las obligaciones para cada día o para la semana señalados en una cartelera al frente de la oficina del comandante.

Los líderes grupales se reunían diariamente con el comandante para discutir la orden del día. El adoctrinamiento político era parte importante dentro del programa y los muchachos eran también cuidadosamente entrenados en tácticas de guerrilla urbana. Una vez, Manolo González me dijo: «Los muchachos del Movimiento 14 de Junio y algunos de nuestros muchachos estaban entrenados en Cuba para guerrilla de montañas; y piensan que están en Cuba, pero están equivocados y su entrenamiento no sirve. La nuestra es una guerra urbana, tenemos que aprender cómo hacerla; nuestra guerra es en los patios[7] y en las callejuelas; tenemos que conocer cada patio y cada callejuela centímetro por centímetro, y aprender cómo sorprender al enemigo y cómo escapar de él».

Cuando el 22 de mayo Manolo González me pidió que abriera un centro de distribución de comida en San Lázaro, inspeccioné las facilidades del convento y encontré todo como las hermanas lo habían dejado, incluyendo un ernome cuadro del Generalísimo Franco en el vestíbulo de las hermanas. Manolo me pidió que utilizara esa sección del edificio y me encargara del convento. Tuve que rehusar porque no me podía quedar allí permanentemente; no obstante, comencé a utilizar el convento para la distribución de comida y abrí la iglesia al público.

Si se necesitaba colaboración para distribuir la comida, mi amigo Tomás Marrero pedía ayuda a Cachorro y éste inmediatamente me mandaba dos o tres muchachos para hacer lo que se les pidiera. Pero algunas de las muchachas de clase media que me ayudaban a distribuir la comida eran

[7] Un «patio» en Santo Domingo, es un lugar abierto, común a diez o quince casas en una vecindad muy pobre. Esta gente vive en forma comunitaria y sus niños juegan juntos. Las mujeres lavan y algunas veces hacen la comida en el patio, mientras los hombres juegan juntos a las cartas después que han vuelto del trabajo

muy lindas y atraían el interés de los muchachos del comando. Las muchachas me dijeron que no les gustaba que los muchachos anduvieran merodeando mientras ellas trabajaban, y yo me daba cuenta que las muchachas eran menos eficientes cuando los muchachos andaban cerca. Entonces le conté a Cachorro el problema y él prohibió a los muchachos acercarse al centro de distribución de comida y me pidió que hiciera que las muchachas entraran y salieran por una puerta lateral. Esto minimizó la comunicación innecesaria entre ambos grupos.

A veces sobraba algo de comida después de la distribución y la guardábamos hasta la próxima distribución en un pequeño depósito en el convento. Una vez me di cuenta de que algo de comida había sido robada del depósito, pues éste no tenía llave. Cuando informé al Comandante sobre el robo, me dijo que se haría cargo del problema. Una semana más tarde había atrapado al ladrón y lo había puesto en la cárcel.

En ciertas ocasiones necesité cosas que no teníamos en San Miguel: como el sello gomígrafo para acuñar los bonos de comestibles que dábamos a las familias de nuestro barrio, o escritorios para una clase donde habíamos comenzado a enseñar Inglés a los tigres de San Miguel. En estas ocasiones iba a San Lázaro y pedía ayuda a Cachorro o a Manolo, y ellos me daban lo que necesitaba, siempre y cuando dejara un recibo para sus registros.

La disciplina en San Lázaro era estricta; no se permitía beber, y el robo era severamente castigado. A veces los muchachos de San Lázaro entraban en conflicto con pequeñas bandas de tigres que intentaban entrar en los pequeños negocios de la Avenida Mella. Un incidente involucró a los muchachos del comando y al «Americano Feo», así apodado porque era alto, rubio y feo. Después de tomar parte en la guerra en los primeros días, se volvió «cow-boy comando», conduciendo un jeep capturado a los marines americanos. No pertenecía a ningún grupo organizado, pero tenía amigos en el barrio con los cuales se juntaba para beber, jugar a las cartas y robar durante la noche. Un día, muy bebido, fue sorprendido por los muchachos de San Lázaro mientras robaba. Lo mandaron a la Fortaleza Ozama por un par de semanas y cuando lo dejaron en libertad se fue de la zona rebelde y pidió asilo político en una embajada extranjera. Nunca más volvió al barrio.

San Lázaro no era uno de los puestos de comando más poderosos, en términos de poder humano o equipo militar, como los comandos de San Carlos, Poasi, Argentina, B-3, Pichirilo y otros, que eran mucho mas inertes. Pero por sus antecedentes políticos en el PSP, San Lázaro era distinguido por su prestigio político dentro del gobierno rebelde. Manolo

González a menudo era consultado sobre asuntos militares por el Estado Mayor y por el Gobierno en asuntos políticos. Los muchachos pensaban que Manolo González era un tipo importante por el prestigio que tenía en el Gobierno. Los líderes de San Lázaro a menudo participaban en la solución de problemas externos a su propia demarcación geográfica. Si durante la noche San Miguel había sufrido un repentino ataque, Manolo González estudiaba el daño y establecía las posiciones desde donde era lanzado el ataque e informaba de su estrategia al cuartel general. Los comandantes de los comandos menos importantes, como San Miguel y Pedro Mena, meramente se unían a la multitud de espectadores sin tomar ninguna responsabilidad técnica.

Un día, mientras un comerciante de San Lázaro estaba cargando mercadería para llevar a su negocio en la Zona Americana, los muchachos de El Lido discutieron con él tratando de persuadirlo para que no sacara esas cosas de la zona rebelde. El comerciante les mostró un permiso escrito que Manolo González le había dado de la oficina del Estado Mayor, pero los muchachos rompieron el permiso criticando a Manolo de ser «un viejo chaquetero». Cuando el comerciante informó a San Lázaro del incidente, Cachorro, indignado, informó a los muchachos de El Lido que él era la autoridad en esa región y les dijo que se fueran a su propia zona. Luego fue al cuartel general y volvió con una copia del permiso y con algunos de sus muchachos con ametralladoras para asegurar la entrega de la mercadería sin dificultad.

Yo a menudo iba a los puestos de comando a comer con los muchachos. San Lázaro tenía un excelente cocinero y la comida era mucho mejor que en San Miguel, a pesar de que la variedad se limitaba a frijoles, a veces un trozo de carne con arroz u otros vegetales. Una noche, después de cenar, uno de los muchachos comenzó a demostrar cómo operar su rifle Mauser; mientras conversaba con los muchachos yo lo estaba observando por el rabillo del ojo. De repente se escuchó un fogonazo que nos sobresaltó a todos; afortunadamente la bala pegó en el techo de la pieza. Cachorro se acercó rápidamente moviendo la cabeza, «Compañero —le dijo—, tú sabes que no podemos jugar con las armas o hacer demostraciones con ellas. Lo siento pero debes ir preso por veinticuatro horas; por favor, llévenselo». Dos de los otros muchachos obedecieron la orden y se lo llevaron.

Las relaciones entre Cachorro y Manolo González no siempre fueron buenas; la verdad es que cuando acabó la revolución Cachorro me dijo que ya no eran más amigos. También me dijo que Manolo había traído al

comando demasiados miembros del PSP, destruyendo el balance de poder. Aparentemente la mayoría de los miembros del PSP que venían de las provincias para unirse a la revolución eran incorporados a San Lázaro. Un día Cachorro me dijo: «Se daba por descartado que los recién llegados no debían sobrepasar en número a los viejos miembros, para evitar que el puesto de comando perdiera su propia personalidad». Manolo González, por otro lado, culpaba a Cachorro de carecer de coraje para ir al frente cuando el 15 de junio los marines americanos atacaron la zona rebelde.

Un incidente, descrito en términos similares por ambos hombres, puede ayudar a explicar la enemistad entre los dos. Poco antes de que acabara la revolución, Cachorro visitó a Niurca, una muchacha que ayudaba a distribuir comida en San Lázaro (Niurca era la hermana del Sub-comandante Tungo y ahora está casada con Cachorro). Niurca estaba en ferma y Cachorro fue a visitarla, se quedó con ella lo suficiente como para beber demasiado. Ella le rogó que dejara el fusil cuando volviera a San Lázaro, pero él no quiso. Cuando pasó por el puesto de comando de los refugiados haitianos éstos le ordenaron detenerse, y él, en lugar de obedecer la orden, abrió fuego contra ellos. Se le informó inmediatamente del incidente a Manolo González, quien fue a San Lázaro, sacó de la cama a Cachorro y lo metió en la cárcel. A la mañana siguiente, cuando Manolo informó del incidente al Estado Mayor, Cachorro fue degradado aunque le permitieron permanecer en San Lázaro. Roca, un estudiante universitario y líder de grupo, fue elegido nuevo comandante y quedó al mando hasta el fin de la guerra.

Resumen

Tanto San Miguel como San Lázaro estaban en la misma vecindad, ambas organizaciones poseían los mismos elementos socioeconómicos (trabajadores no calificados y desocupados), ambas enfrentaban el mismo enemigo, encaraban los mismos problemas de aprovisionamiento de comida y ropa y ambos tenían aproximadamente el mismo número de miembros. Sin embargo, eran muy diferentes en cuanto a organización, moral, disciplina y eficiencia. ¿Por qué? ¿Tal vez porque los líderes de San Lázaro eran de clase media? Quizás, pero esa condición puede considerarse una desventaja cuando los soldados del grupo pertenecen a un estrato socioeconómico bajo. ¿Era tal vez porque San Lázaro operaba con líderes y estruc-

turas prestadas de la organización formal previamente existente (el PSP) lo que le daba apoyo y estabilidad a sus líderes? Manolo González una vez me dijo: «Los que recibieron entrenamiento sobre guerrillas en Cuba no son los más útiles a la revolución, sino aquellos que tienen habilidad para la organización, aunque no puedan sostener un fusil. En dos horas usted puede aprender a disparar con puntería o a preparar cockteles Molotov. Mucho más tiempo toma aprender cómo organizar hombres en grupos que puedan operar eficazmente en determinadas circunstancias». La misma idea fue expresada por Jaime, el joven estudiante de economía y miembro del Movimiento 14 de Junio, que fue nombrado comandante del Comando B-3, uno de los comandos más grandes. A fines de mayo, este comando se enfrentó con serias dificultades cuando algunas de sus facciones llegaron a un punto de inminente desintegración. El comando había sido organizado por Fidelio Despradel, un líder del Movimiento 14 de Junio. A pesar de que Jaime no era miembro de la organización, fue al comando a conferenciar con los líderes de las distintas facciones. Los reunió y al terminar el día ellos le pidieron que se quedara y se convirtiera en su comandante. Para hacer eso Jaime abandonó un importante cargo en su partido, pero él sentía que la única forma de mantener la unidad del comando era tomar el mando del mismo. Inmediatamente trabajó para dar a la organización una estructura enteramente nueva, dividiendo a los hombres en unidades más pequeñas, nombrando un líder en cada grupo a quien confió varias responsabilidades. Jaime gozaba de gran prestigio entre los soldados, lo cual él me explicaba diciendo: «Cuando hay un trabajo, yo soy el primero en hacerlo; cuando tenemos que luchar, soy el primero en ir al frente de batalla».

Jaime tenía una habilidad considerable para organizar. Esta se manifestó durante su trabajo como uno de los líderes del Movimiento 14 de Junio, y más tarde en una organización patriótica establecida por Héctor Aristy después de la guerra. Jaime es un muchacho blanco, cosmopolita, de clase media, que había estado en la Universidad dos años y que viajó a Europa y a Cuba. Otros líderes como Barahona, Pichirilo y El Indio, eran menos cosmopolitas que Jaime o Manolo González, pero también organizaron con éxito eficientes puestos de comando. Estos hombres, si bien tenían poca experiencia o entrenamiento en organización, manifestaron gran habilidad organizativa. En mi opinión, combinaban su natural habilidad organizativa con un alto grado de «machismo» (coraje, rudeza, empuje personal). Los grupos de comando organizados por estos hombres estaban dirigidos en forma personal por la voluntad de un hombre, mientras que los organizados por Manolo, Jaime y Santana parecían gobernados por

pautas de comportamiento establecidas por otras organizaciones, de las que el puesto de comando no era más que una rama. Por ejemplo, si Pichirilo o Barahona hubieran estado envueltos en un incidente similar al de Cachorro, que bebido disparó contra el puesto haitiano, estoy seguro que ninguno, al menos en su propio comando, se hubiera atrevido a encarcelarlo.

Al comparar los comandos de San Miguel y San Lázaro, se ponen de manifiesto los dos cauces a lo largo de los cuales se desarrolló la organización de los dos comandos. Por un lado, grupos informales de gente del barrio, grupos de amigos y familiares de la misma comunidad o bandas de tigres, dieron origen a comandos como San Miguel, Pedro Mena, Pichirilo y Barahona. Por otro lado, algunas organizaciones formales que operaban en la vida pública y cuyos líderes decidieron combinar a sus afiliados con otros individuos, formaron comandos como San Lázaro, Poasi y Argentina. Ambos grupos eran numerosos y relevantes a la revolución. El primer tipo de comando confiaba fuertemente en las habilidades organizativas del líder, particularmente en su carisma y machismo; mientras el segundo tipo confiaba en la estructura de la urbanización con la que estaba relacionado, los comandos del primer tipo eran más importantes en situaciones de guerra (particularmente si tenían un líder verdaderamente carismático); el segundo tipo de comandos, en cambio, tenía importancia desde una perspectiva política, en especial durante los períodos de tregua, porque parecían más capaces de mantener una moral alta en épocas de inactividad y porque las organizaciones con las que estaban relacionados parecían capaces de prevenir su desintegración en los períodos de negociaciones políticas.

Una última observación es que todos los puestos de comando, sin considerar sus orígenes o la naturaleza de sus líderes, eran autónomos y gobernados de manera informal. Se parecían más a grandes familias o comunidades que a unidades militares, y obedecían a un mínimo de formalidades. En la mayoría de los comandos, los únicos oficiales eran el comandante y el subcomandante, que era el que ocupaba el lugar del comandante en su ausencia. Los comandos de más de sesenta o setenta hombres, sin embargo, necesitaban más oficiales, dado que había más obligaciones que las que podían recaer en dos hombres. Pero la mayoría de los puestos sólo tenían alrededor de treinta hombres que vivían juntos, comían y dormían en el mismo lugar sin tener en cuenta su rango o distinción social. Cuando un día le pregunté a un muchacho en un comando si otro compañero era un oficial, me contestó: «No hay ningún otro oficial aparte del comandante y el subcomandante; en este país estamos cansados de tantos oficiales, ahora

todos somos iguales».

Después del 3 de septiembre de 1965, cuando García-Godoy comenzó su mandato, el comando general rebelde ordenó a los comandos que licenciaran las tropas. Algunos de los muchachos entregaron sus armas, otros las envolvieron en fundas de plástico y las enterraron en sus patios o las escondieron en cajas viejas. Para algunos el regreso a su casa era caminar unos pocos pasos en la misma cuadra; para otros era ir a otro sector de la ciudad, tal vez cerca de la estación de policía o a sitios donde estaban instaladas las tropas de CEFA; otros debían ir hasta las provincias. Los que pertenecían a La Vega, Santiago, Macorís, La Romana y otros pueblos importantes, alquilaron autobuses viejos y regresaron a sus casas en grupos, por temor a ser asesinados si volvían solos o quizás porque verdaderamente creían que habían ganado la guerra.

Pronto comenzarían las operaciones de represión contra ellos. En 1966, para el tiempo en que se escribe este libro, unos 250 hombres de los comandos habían sido asesinados sin que la ley probara la identidad de ningún asesino[8].

José A. Moreno: "El pueblo en armas. Revolución en Santo Domingo". Editorial Tecnos, Madrid, 1973.

Reproducido por Ediciones CIELONARANJA, 2006.

[8] Entre los asesinados estuvo Pichirilo, que fue asesinado por la espalda en el verano de 1966. Para una evaluación de esta situación hasta 1967, ver J. BOSCH, «El Pentagonismo sustituto del Imperialismo», *Ahora* (1967), pág. 45.